

y de verdadera visión, la tarea de registrar estos períodos gloriosos y heroicos de la Historia del hombre en América, habría sido relativamente fácil.

El pueblo ha cumplido con su deber y ha hecho permanente registro de sus ideales y de sus hazañas en las varias naciones. Algunos sabios y honrados sacerdotes y monjes; estudiaron y tradujeron cuidadosamente muchos de esos anales, pero la intolerancia y la ignorancia confinaron esos manuscritos a las llamas, e hicieron volver a sus autores a Europa.

Sin embargo, la tarea, aunque más difícil ahora, nos pertenece a nosotros. El estudio de la Historia de la antigua América corresponde a los sabios Americanos, desde el Canadá hasta Chile, y es de esperarse que la inteligencia y la energía necesarias para realizar ta empresa, lleguen pronto.

Traducido directamente del inglés, por

ELÍAS ROBLEDO URIBE

¡AVE MARIA!

Nociones sobre creencias, usos y costumbres de los Catíos del Occidente de Antioquia.

(Continuación.)

Con *jagua*, se hacen unas pinturas, como especie de finísimos calados, de simetría admirable. Todo esto a pulso. De trecho en trecho intercalan líneas rojas hechas con *quija*. Ordinariamente pulen más la pintura de la cara. También usan pintarse los brazos y las piernas y aún la mayor parte del cuerpo.

Por mano de las dos indias, antes dichas, y así aderezadas, habían de hacerse los preparativos para el *desembruajamiento*. Estas tendrían que ir a coger ramas de cierto árbol, traer agua cenagosa, hacer la chicha para el jaibaná, moler y asar unas arepas para el mismo. Un día gastaron en tales faenas, silenciosas, serias y sin ocuparse en otras cosas. Mientras tanto el jaibaná improvisó un *chimiá egó barí* para sus muñecos. Por la noche hubo baile, música de pitos, atambores y tiples, y, sobre todo, embriaguez excesiva, principalmente de parte del jaibaná. No sabemos qué otras ce-

remonias nocturnas habría, pues es de advertir que tienen mucho cuidado en ocultar esta clase de fiestas, como ellos las llaman.

Mucha observación nos ha costado lo que de esto les conocemos; tanto más cuanto que tenemos que reprocharles estas cosas, e irlos sacando de tales costumbres y usos, a los cuales están tan adheridos como a su misma alma.....

No supimos, pues, lo que de noche ocurrió, fuera de lo que dije. El bujío quedaba vecino a nuestra casa, y de allí pudimos oír esto que ya dije, y silbidos y cantos del jaibaná, característicos.

Al día siguiente nos colocamos en lugar de donde pudiéramos observar. El jaibaná, que era un indio de aspecto salvaje y cabellos largos, bajó las escalas del bujío. Luego las indias vestidas llevaron el agua cenagosa, las ramas de árbol y otras de palma. Los demás estaban silenciosos y quietos. El jaibaná, embriagado todavía, fué colocando las ramas, como sembradas, en cuatro puntos distintos, en derredor del bujío. En seguida dió principio a una serie como de conjuros y *asperges* hechos con el agua cenagosa y las hojas de palma. Iba de un punto a otro, deteniéndose en los lugares en donde estaban sembradas las ramas de árbol, hasta que dió unas cuatro vueltas en derredor. Cada vez que se detenía entonaba un canto y hacía un *asperges* acompañado de mil pantominas.

Para terminar encendió fuego a las ramas de árbol y de palma y echaba lejos las cenizas.

Para ayudar a completar aquel cuadro verdaderamente salvaje, se levantó, quizá de una pequeña ciénaga vecina, un gran número de mosquitos que en bandada pasaron por el lugar en donde estaba el jaibaná y después pasaron cerca a nosotras. El jaibaná no dejaría de creer que en estos mosquitos irían los *minduburús* o diablos que él arrojaba de esa habitación.

Como dije antes, el jaibaná oculta el fin u objeto de sus fiestas. Sin embargo tienen sus ratos en que algo dicen, principalmente si nos valemos de hacer alarde de lo que ya sabemos, sin dar a entender que solamente a eso se reducen nuestros conocimientos a ese respecto. Viéndonos en posesión de sus secretos no temen añadir otro poco más, creyendo que nos dicen lo que ya sabemos.

También sucede otras veces que, estando en medio

de sus curaciones, llegamos, y como parece que no les es lícito interrumpirlas, las continúan muy a su pesar, por tener qué hacerlo delante de nosotras.

Hay muchas variaciones en las curaciones, tantas cuantas enfermedades se presenten, o cuantas condiciones exija el Patrón o jai. Hay veces que el baño que le han de dar al enfermo va seguido de una fricción de plumas de gallina, pero no de una gallina cualquiera sino de color determinado. Otras veces hay qué matar un pato blanco, y con su sangre friccionar el estómago del enfermo.

En fin, hay mil modos, pero las condiciones más salientes son: que las cosas necesarias para la curación, sean preparadas y tocadas únicamente por las elegidas para el caso y que éstas tengan el vestido prescrito.

Que el jaibaná sueñe, cante y haga ciertas invocaciones a su jai o Patrón.

Que el animal que se ha de emplear en la curación esté partido en dos y colgado en el *chimiá egó barí*.

Que en medio de las dos partes del animal esté el espejo del jaibaná. Que no falte de allí la vara principal.

Que por el lugar en donde va a hacerse la curación no pase ni persona ni animal, y para distinguir este lugar hacen un tendido de hojas de plátano y un toldo de burubaes. Allí sólo las elegidas pueden entrar. Finalmente, que no se derrame ni una sola gota del agua de los baños, antes de echársela al paciente, porque pierde el baño su virtud curativa.

En una curación nocturna, a la cual asistíamos por tratarse de una india agonizante que estaba en poder de seis jaibanaes, os cuales a todo trance querían quitarle el Santo Escapulario, observamos muchas cosas; entre ellas lo siguiente: a menudo se asfixiaba la enferma (moría de tisis), y en los momentos de más asfixia le soplaban fuertemente por las yemas de los dedos de las manos, haciéndole desaparecer la asfixia. Otras veces ponían al frente de su cara, lívida y desfigurada ya por la agonía, un espejo de jaibaná. ¡Qué horrible cuadro aquél! Los ojos empañados de la enferma no verían ya su imagen en el espejo, pero para los circunstantes, o mejor, para nosotras, aquello era terrible. Y digo para nosotras porque los indios no se dieron por entendidos.

Antes de terminar esta sucinta reseña de los jaibanaes, anotaré otra cosa curiosa observada en otra ceremonia de curación reciente: ocho días permaneció un pájaro (toche) muerto, colgado enfrente del enfermo. El jaibaná decía que a ese remedio combinado con otros, no se resistiría la enfermedad. Sus esperanzas salieron fallidas, pues el pobre enfermo murió. Aún después de muerto estaba el pájaro en el mismo sitio desmepeñando su triste papel. El jaibaná decía: "*muñeco ya no cura bien: mucha curación es daño ya. Cuando soba enfermo con este muñeco más apura achaque*". Es que las Hermanas ocultamente bañan los pobres muñecos en agua bendita, y ese baño no será muy del agrado del demonio, quien por medio de esos muñecos los induce a la superstición.

La próxima vez tomaremos otro tema. Aún falta algo de los jaibanaes y mucho por observar sobre lo mismo. Lo iremos recopilando.

Ya así las cosas, toma en sus brazos al niño el indio más anciano, y se organiza una procesión, encabezada por el niño y su carguero, rodeados de mujeres, sin exceptuar las más viejas, pues éstas desempeñan en las fiestas de ese género, según el parecer general, un papel lucidísimo. Algunas toman los extremos de las cintas de la corona, y todas bailan de la manera antes dicha, pero sin cogerse por la cintura. Cantan algunas palabras en elogio del niño, improvisadas por cada una. La procesión se hace dentro del bolío, y en cada poste se detiene unos minutos, durante los cuales el niño es arrimado contra el poste. La procesión consta de cuatro vueltas. Terminadas éstas, uno de los circunstantes, generalmente el padre del niño, toma una totuma de chicha y tira su contenido a lo alto, de manera que caiga sobre los circunstantes, en forma de baño deducha. Igual cosa se hace con una totuma de maíz y con algunas *patá pono*, o sea flores de plátano. La fiesta se da entonces por terminada. Con todo, si aún hay chicha, permanecen los indios ahí hasta que dejan los cántaros vacíos. Las indias y sus niños si regresan en seguida a sus casas. En esta fiesta no le ponen nombre indígena al bautizado. Cualquiera día empiezan a llamarlo con el nombre que se le ocurra a alguno de tantos, y con esto es bastante. Es de advertir que, aunque

es costumbre general el hacer los bautizos, hay casos en que no los hacen, ya por prever que las jóvenes les harán pasar un chasco (*), ya porque no haya habido el suficiente interés en preparar las cosas a su debido tiempo y esté el niño más crecidito de lo que es costumbre, y en este caso se expondrían al ridículo. La supresión de esta ceremonia no tiene ninguna trascendencia.

Convites.—Los convites consisten en la reunión de varios indios en un bohío determinado para hacer juntos algún trabajo en pro del que los ha invitado. Llegan, toman alguna cosa, generalmente frísoles y arepa y se van en seguida al lugar designado, sea a rozar, sembrar o desverbar etc. Gritan mucho y llevan calabazos llenos de chicha. A menudo interrumpen el trabajo para ponerse a tomar, volviendo después a reanndarlo. A eso de las 2 ó 3 p. m., cuando ya el efecto de la chicha no los deja trabajar bien, se vienen al bohío y se sitúan al pie de los cántaros de chicha, hasta que los consumen. Bailan, tocan, gritan y silban durante toda la noche o parte de ella. Después se echan a dormir unos ahí mismo, otros se van a sus respectivas casas.

En esto de convites se mezclan poco las mujeres. Las dueñas de la casa hacen los preparativos y las demás, cuando ya se ha acabado la chicha, vienen a llevarse sus maridos, quienes quedan, la más de las veces con la cabeza tan perdida, que son incapaces de ponerse en camino, si no hay quién se los indique. Generalmente después de los convites, reciben las pobres una buena *paliza* suministrada con motivo o sin él, por causas viejas o nuevas.

Los convites son muy frecuentes, y cuando hay varios a la vez, los que acaban de tomarse el contenido de los cántaros, en una parte, se van a otra y después a otra, hasta que acaban con todo, quedando a veces enfermos de tanto exceso en la bebida.

Otras veces llega un grupo de indios a un bohío en donde hay chicha y proponen al dueño se las deje to-

(*) Este consiste en que les dan a beber un aguardiente debidamente arreglado por los jaiban; es; si la joven se duerme en seguida, la fiesta continúa, porque es señal de que la joven no se ha desviado del deber, es decir, ha conservado su virtud; pero si no se duerme, la fiesta se acaba. Los invitados enfurecidos se creen buriados, porque la joven no es *doncellita*, dicen ellos. Botan la chicha, y frecuentemente hay riñas y heridos.

mar *bari*, es decir, gratis, por el momento, obligándose a trabajar después, cualquiera otro día, y dejando en prenda alguna cosa de valor, como el machete, etc.

En estos convites se suscitan rencores y peleas, se hieren a menudo y aún suceden asesinatos.

La noche durante la cual están en vela delante del cadáver de alguno, la llaman velorio. Para éstos no tienen ninguna ceremonia determinada.

Si alguno muere embrujado, le soban la cara con ceniza húmeda, o mejor, le ponen una capa de ceniza mojada. Al siguiente día, muy temprano, antes de llevarlo a enterrar, quitan la ceniza de la cara del muerto y dicen que queda parecido a quien lo embrujó. A continuación referiré uno de tantos velorios.

El indio a quien velaban había muerto a las nueve de la noche. A esa hora todos estaban ya dormidos, cansados de verlo agonizar, pues había sido muy larga la agonía. Únicamente estábamos en vela unas Hermanas que habíamos ido esa tarde, sin tiempo de volver a nuestra casa y la suegra del agonizante.

Apenas expiró dió aviso la vieja. La mujer del muerto levantó un poco la cabeza y después siguió durmiendo. Otro tanto hicieron los demás, a excepción de un hermano del muerto que se apresuró a tomar un tiple y tocar en él "pa ispantar sueño". Son sus palabras.

La suegra arregló bien el cadáver, envolviéndolo en una paruma nueva y untándole la cara de guija. Le puso además todas sus chaquiras y encendió una lámpara que colocó junto al cadáver y se retiró junto al fogón. Allí se puso a asar unos pedazos de auyama, sin pensar siquiera en lavarse las manos. De ésto nos dió y ella procedió a comer inmediatamente. La lámpara se apagaba de cuando en cuando, a consecuencia del viento que no encontraba resistencia por estar los flancos de la habitación a la descubierta. Por fortuna había una luna hermosa que se encargaba de iluminar aquel cuadro salvaje.

Al tocador de tiple lo acompañaba en su tarea de hacer ruido, un perro que dormido gruñía a intervalos.

Al amanecer, todos se levantaron y se sentaron con la espalda vuelta hacia la habitación y los pies colga-

dos fuera del tablado, posición ésta muy común entre ellos.

Cuando nosotras nos pusimos en marcha comenzaron a llorar su muerto. Este llanto es cantado e igual en todas las circunstancias análogas, con diferencia de palabras, según la persona llorada. Los hombres no lloran. Las mujeres se dejan caer los cabellos sobre la cara, y con cierto tono especial cantan así: (traducido literalmente) “¿Quién hace ahora roza? ¿Quién trabaja para mantener su familia? ¿Quién va a cazar y a traer leña? Solitas nos quedamos llorando. Elera indio bueno y sabía pescar, etc.”

Al cementerio, a enterrarlo van todos los hombres presentes. Cavan un hoyo profundo y dentro de ese uno lateral y en éste depositan el cadáver, separando el primero del segundo con una división de hojas y cañas, y al hoyo primero le echan la tierra y la pisan. Así dispuesta la sepultura no le cae al cadáver tierra y queda como en bóveda subterránea.

En seguida veremos las supersticiones que sobre muertos y demás tienen.

Hay tres animales sabios o sagrados entre los indios. El *tiacó*, o sea una ave llamada vulgarmente guarana o valdivia por los *libres*. Esta es una especie de pájaro semejante al gavián y que tiene dos modos de graznar: con el uno anuncia las cosas favorables, con el otro las adversas. Cuando van de camino a ver a algún enfermo y oyen el graznido adverso, deducen que el enfermo ha muerto. Cuando oyen el favorable se alientan, pues hallarán en mejor estado el enfermo, y así, en los demás casos.

El segundo animal es el *baracoco*, o sea lo que nosotros llamamos lechuza. Una traición catía dice que Dios convirtió a su mujer en lechuza por que le fué infiel.

El caso lo relatan así: Dios, sospechando de su mujer, quiso probar por sí mismo su fidelidad, y se fingió leproso. Todo su cuerpo apareció fétido y cubierto de llagas, pero eso era como un vestido.

Hubo un *jemenese* (fiesta), y la mujer de Dios se preparó a asistir a ella y le dijo a su marido, por cumplir, que la acompañara. Ella sabía que él en ese estado no iría.

En efecto: le dijo que se fuera, ya que él no podía ir, y tan pronto como ella salió se quitó él su vestido de le-

pra, se puso otro semblante y traje, y se fué todo cambiado al lugar de la fiesta.

Una vez allá se le acercó a su mujer y se hicieron promesas de amor. El le arañó la cara para recuerdo de su compromiso y se retiró a su casa primero. Al llegar, tomó aprisa su vestido de lepra, y a la vuelta de su mujer estaba ya convertido en leproso. Este le preguntó porque tenía arañada la cara y ella contestó que se había embriagado y que no sabía la causa. El mismo caso se repitió otra vez, y Dios, en presencia de los circunstantes y en plena fiesta, tomó a su mujer, le dió media vuelta, le estiró la boca en forma de pico y la dejó, en castigo, convertida en *baracoco*.

Dios tomó para sí una cuñada suya y se subió con ella al cielo, en donde ambos viven vida de ángeles, y el baracoco, entre tanto, pasa las noches mirando al cielo y cantando tristemente.

El tercer animal es el *uaña jaramia*, o sea el que conocemos con el nombre de "manta religiosa" (vulgarmente *molendere*). *Uaña jaramia*, traducido literalmente, es "el que dice de los niños". Este animalito es interrogado por cualquiera de los indios, haciéndole antes una aspersion de menudos salivazos y preguntándole si el niño que ha de nacer de tal o cual mujer será hombre o mujer. Si el animalejo extiende hacia adelante las patas delanteras y las mueve en actitud de moler, dicen que será mujer, y si extiende una pata primero que otra y la pone como quien va a pescar, será hombre.

Hay mil supersticiones para todo. Voy a enumerar las principales: después de muerto un indio, su alma seguirá vagando hasta encontrar un compañero, para no andar solo en las desconocidas regiones de la otra vida. Todos temen ser elegidos por el muerto, y esta cita misteriosa se hará ineludiblemente si en cada casa no se pone un haz de hojas de tobo (moindú) en los cuatro ángulos de la habitación, o al menos en frente de la escalera. Ocho días más o menos hay que tener esta precaución, pues pasado este tiempo el "penarata" (espíritu de la otra vida) deja en paz las gentes. Con todo, si alguna vez se hace sentir de nuevo, se vuelven a colocar nuevas hojas de tobo y no insistirá más el porfiado espíritu.

Los niños no deberán comer sesos de ningún animal, pues si así lo hacen se volverán muy estúpidos.

Plátano mellizo (1) no pueden comer las niñas, pues cuando sean madres lo serán de mellizos (gemelos) y a esto le temen y lo tienen a feo y ridículo.

Las jóvenes antes de su bautismo, durante un encerramiento que les hacen de quince días, no pueden tomar comidas calientes, porque se les pondrán malos los dientes y les entrará caries. Lo mismo pasará a los viudos si no observan esta misma prescripción durante la quincena siguiente a la viudez. El viudo o viuda se hará unos baños dados por un jaibaná, y se abstendrá de hablar con toda clase de personas, exclusión hecha del jaibaná y padres del bañando. Si habla se volverá llagoso, y a quien hable, si es indio, también le darán llagas. Los baños tienden a comunicarle vigor, pues dicen queda el cuerpo *fiojo* con la muerte del consorte. Además el muerto no dejará de perturbar y molestar a quien no esté preparado por los baños.

Como preservativos contra el rayo tienen los siguientes: al nacer el niño o niña se le untan los labios de barro mojado, o se le frotan mariposas pequeñas en dicho lugar, antes de alimentarlos la primera vez. Cuando estando en sus hamacas haya tempestad, se les pone una totuma *boca abajo* sobre el estómago, como preservativo. Las personas mayores deben salivar al estallido del trueno.

En el nacimiento de los niños ha de matarse una ave (pato o gallina) y consumirse en la primera comida, dándole abundantemente a todos para que el niño sea generoso.

Inmediatamente después de nacido un niño, lo colocan de manera que reciba el humo de varias astillitas de maderas finas preparadas de antemano y quemadas en una vasija, para que sea vigoroso.

A los quince días se les da un baño de jagua para que sean buenos pescadores. Con el mismo objeto les soban la flor de una yedra, a los hombres para que pesquen bien y a las mujeres para que sean afortunadas en la pesca de cangrejos y jumpés (jumpé es un pescado que se cría pegado a las piedras y que se coje con la mano). Ellas no usan el anzuelo.

Los huesos de los pescados no se deben tirar, sino quemarlos en el fogón.

(1) (Dos pegados entre sí.)

A los niños no se les ha de pegar en la boca, porque no llegarán a ser buenos matadores de pájaros.

En espejo de jaibaná no ha de mirarse ninguno, principalmente las mujeres, porque se les acabará pronto la vista.

Los cabellos después de cortados no han de quemarse, porque la persona de quien hayan quemado cabellos estará en la otra vida como sin sangre y sin vida.

El recién viudo debe pasar por debajo del bohío (son altos), en que está el cadáver de su consorte y dar cuatro vueltas, guiado por un jaibaná. De ahí va a casa de ese u otro jaibaná a recibir ciertos baños y tratamiento.

Cuando un niño muere, alguna de las mujeres de la casa hacen salir el gato y el perro (si los hay) por el mismo sitio por donde sacaron el cadáver del niño o niña.

La última totumita que el muerto usó o su tronco de madera imitando una muñeca (si es niño), y algo de plátanos y agua quedan sobre la sepultura, como oferta de gente previsora que quiere dejar auxilios a sus muertos por si acaso vienen a buscarlos.

Tradiciones.—Los catíos tienen varias. Difieren unas de otras según la tribu, pero no en lo esencial sino en detalles accesorios. Algunas no tienen ilación, otras en algunas cosas se contradicen. Con todo, no dejan de ser muy interesantes, y en partes se trasciende alguna idea histórica o pasajes relacionados con la historia como puede verse. También tienen su mitología y alguna idea de la conquista.

Empecemos por la entrevista que tuvieron dos dioses, pues ese es el punto de partida de sus tradiciones.

Al principio el dios de arriba, llamado Caragabí, divisó una cosa oscura aquí, en donde es nuestra tierra, y quiso ver lo que esto fuera. Vino, y en efecto, vio esta tierra, pero oscura porque no había luz. De repente se encontró con un personaje, *Yábea* (quiere decir contemporáneo), desconocido, el cual era dios de las regiones de abajo, no de dentro de la tierra, sino del lado opuesto a éste, (al explicar esto los indios, dan definición muy clara de los antípodas), y se trabó entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Quién eres tu?, preguntó Caragabí. —Yo soy Tu-

tuicá, el dios de abajo, contestó el Yábea. —Caragabí. ¿Tu naciste? —Tutuica. Nó. *Resulté* solo. Nadie me hizo. Y tú. ¿cómo naciste? —Caragabí. Yo nací de un salivazo de uno de mis mayores. Yo tengo antepasados. —Tutuicá. Yo no los tengo. —Caragabí. Vamos a probarnos mutuamente si somos o nó dioses. —Tutuicá. Bien. Probemos. —Caragabí. ¿Qué hacemos para probarlo? —Tutuicá. Yo trabajaré el barro. —Caragabí. Yo trabajaré la piedra.

Acabado este diálogo se separaron. Pasado un año Caragabí dijo: voy a trabajar en mi obra, y dió principio a un par de muñecos de piedra, con intención o deseo de que quedaran convertidos en personas. Luégo que los acabó los sopló en la frente con el fin de darles vida, y en efecto los muñecos abrieron los ojos y se sonreían, pero no pudieron levantarse. Entonces Caragabí averiguó y supo que Tutuicá había hecho un par de muñecos de barro, que los había soplado en la frente, y que no solamente se reían y hablaban sino que se movían y podían levantarse. Entonces le escribió a Tutuicá, diciéndole que le enseñara cómo había hecho para que su creación hablara y se moviera. Tutuicá se negó a enseñarle, y contestó en términos descomedidos. Caragabí no se desalentó, sino que envió un nuevo mensajero pidiéndole barro, pues el dueño de la tierra era Tutuicá. Este lo negó, y Caragabí envió un tercer mensajero, pidiendo un pedacito tan pequeño como una lengua de paloma. Tutuicá lo concedió, y en manos de Caragabí se creció, llegando a ser cantidad suficiente para hacer un muñeco. Después de formar lo se sacó un pedacito de costilla y con ella sopló en la frente y en cada una de las extremidades del muñeco. Con este soplo, el muñeco vio y habló y se levantó. Caragabí se alegró mucho y le dijo que se arrodillara para darle la bendición. Hecho esto Caragabí se fué a recorrer. Pasados diez años pensó en darle compañera al hombre que había hecho y envió otro mensajero a Tutuicá, pidiéndole otro poco de barro, porque la primera cantidad se le había dañado. Tutuicá creyó este engaño y le envió una cantidad semejante a la primera. Con ésta hizo Caragabí una muñeca, de la misma manera que el muñeco, y para soplarle le quitó al hombre la primera costilla del lado derecho, y con ella la sopló. Cuando Caragabí vio con vida a la mujer se alegró mucho.

Después pensó arreglar el sol y la luna. Llamó al primero, y le ordenó dónde debía situarse para alumbrar la tierra y de la misma manera hizo con la luna. Esta le suplicó, diciéndole que se iba a situar más lejos de lo que él decía, porque su frío era muy intenso, para estar tan vecina a la tierra. El sol entonces también hizo su reclamo, diciéndole que sus rayos eran muy fuertes para estar tan cerca. Ambos fueron atendidos y se colocaron más lejos.

Arregló en seguida la luz y las estrellas, y algún tiempo después se fué de nuevo a recorrer toda la tierra, con el fin de darle nombre a las cosas (y parece que hacerlas con solo decir) y ponerles un precio alto. Esto último fué desechado por los dioses viejos, quienes le dijeron que no debía poner precio alto a las cosas, pero Caragabí contestó que él iba a poner una ley nueva en la tierra que había arreglado.

Escribió en seguida a todas partes que se pusieran a trabajar de distintos modos, y empezó su correría. Al pasar por donde estaban trabajando los habitantes de la tierra preguntaba: ¿Qué haces ahí? y alguno le contestaba: siembro piedras, e inmediatamente se convertía lo que hacía en piedras. ¿Y tú, que haces? preguntaba a otro. Siembro maíz, contestaba. Y lo que sembraba resultaba maíz. Igual cosa sucedió con todo lo demás, menos con los animales, que entonces no los había. Tampoco había agua. (A pesar de decir que no había animales ya ha figurado la paloma y no tardarán en figurar el colibrí y otros)

Las gentes que trabajaban le dijeron a Caragabí que no tenían agua, y él mismo tenía necesidad de ella. Envió mensajeros a buscar agua por todas partes y no pudieron encontrar. Uno de ellos vio una india que tenía *jumpés* (especie de peces que se crían pegados a las piedras, dentro del agua) y se notaba que acababa de bañarse. Esta india se llamaba Gentserá. Le preguntaron de dónde recogía agua y en dónde se bañaba y pescaba. Ella les señalaba un lugar, en donde nada veían, pues era por engañarlos que los hacía ir allí.

Al tener dios noticia de ello, mandó un colibrí a examinar bien el campo y vio que Gentserá penetró por una puerta, invisible al estar cerrada, en un árbol colosal llamado jenené. Dentro del árbol había una inmensidad de agua. Gentserá se bañó y pescó. El colibrí

revoloteando lo veía todo, y cuando Gentserá salió se apresuró él también a salir. Al tener Caragabí noticias de esto pensó derribar el *jemené* y se puso en la fabricación de hachas de hierro y las mandó amolar.

Dieron principio al trabajo y por la tarde se fueron a descansar. Al día siguiente encontraron el gran *jemené* sin lesión alguna, y así sucesivamente cada día, hasta que las hachas se gastaron. Entonces Caragabí pensó en hacer unas hachas de hierro y acero mezclados. Estas sí resultaron resistentes.

El árbol se ponía a punto de caer, pero volvía a su primera posición.

Así pasaron ocho meses. Por fin un día determinó Caragabí ir él mismo en persona a la misteriosa puerta. Gentserá estaba dentro. Tocó Caragabí, y Gentserá no contestó. Esto se repitió por tres veces. A la cuarta preguntó Gentserá: ¿Quién es? Caragabí contestó: Soy yo. En seguida le pidió agua, y Gentserá se la negó. Entonces Caragabí la cogió por la cintura y la partió en dos partes, quedando convertida en hormiga (la que los indios conocen con el nombre de *gentserá* y que es una hormiga grande y negra. Dicen ellos que siempre lleva cerca a la boca una gotica de agua. Las que hay son descendencia de la primera *Gentserá*).

(Continuará.)

—
Pamplona, junio 20 de 1922.

Sr. Dr. D. J. B. Montoya y Flórez.—Medellín.

Sr. Presidente de la Academia Antioqueña de Historia:

Tengo el gusto de darle comunicación de una carta original de Francisco José de Caldas. Esta carta es propiedad del Museo de N. Pamplona, y ha sido obsequiada por el Dr. Martín Carvajal, de Bucaramanga. Este documento es de los más importantes para quien quiera tener una idea exacta de la admirable fisonomía moral del primer mártir, de su delicadeza de sentimientos y de sus sentimientos religiosos.

La escritura es grande, aplicada, casi primitiva.

Soy de Vd. atento, servidor y amigo,

H. ROCHEREAU